

Reflexiones desde la encrucijada

Tíansroímatíon, Lsadsíship y Lirs religiosos

REFLEXIÓN N.º 2 · JULIO DE 2026



Recoge la sabiduría, teje un sueño

Cuando la memoria por sí sola no basta.

Esta es una frase que leí hace tiempo y que aún me inquieta: cuando una comunidad tiene más diferencias que similitudes, se está desmoronando. No lo digo a la ligera. Las diferencias importan. Pueden ser las regiones o las piedras redondeadas. Son los que dan nombre a los lugares o a las personas que se entregaron con una generosidad asombrosa. Son los gestos, los sacrificios, el humor, la alegría y el coraje que hacen de una comunidad lo que es.

Una comunidad sin identidad es insustancial. Pero una comunidad que solo tiene identidad se convierte en un museo. Y la vida religiosa no fue concebida para ser un museo. Fue concebida para ser una respuesta viva a esta llamada de «Dios en la historia». Una forma particular. Un camino o una forma de ser. Un camino de amor. Un camino de permanecer en este mundo cuando el mundo anhela algo más completo, más justo, más humano, más «divino». Por eso es importante el desengaño. No las diatribas. No las visiones institucionales. No un plan estratégico con adjetivos grandilocuentes.

Soñar, en su sentido más profundo, es una forma de fidelidad.

Se pregunta: ¿Qué está tratando de traer el Espíritu a nuestras vidas ahora? ¿Qué queda aún por terminar en nuestro camino? ¿Qué rutinas siguen golpeando contra estas paredes o contra nuestras vidas actuales, pidiendo ser acogidas, probadas y comprendidas? Muchas comunidades se encuentran hoy en un umbral difícil. El pasado es rico. El presente es exigente. El futuro es incierto. Eso no es una queja. Es la encrucijada.

Y ante esta encrucijada, una de las tentaciones más comunes es seguir mirando hacia atrás, no porque el pasado fuera perfecto, sino porque nos resulta familiar. Tiene recuerdos. Tiene fotografías en la pared. Sabemos qué platos se guardan allí.

Esta rutina no supone ese tipo de compromiso. Esta rutina se presenta primero como una inquietud. Se manifiesta como inquietudes. Como un peso. Como la silenciosa admisión de que lo que una vez nos dio vida ya no es suficiente. Como la dolorosa constatación de que mantener lo que existe puede consumir toda la energía necesaria para imaginar lo que podría llegar a ser. Por eso, la visión transformadora no consiste simplemente en formular una declaración de intenciones.

La mayoría de las comunidades han tenido declaraciones de visión. Algunas son inspiradoras. Otras son realistas. Estas se cuelgan en las paredes, aparecen en documentos y desaparecen de la vida cotidiana. Esto se debe a que una declaración de visión, por sí sola, no puede transformar una comunidad. Puede expresar lo que una comunidad espera llegar a ser. No puede sustituir a las personas que hacen que esas esperanzas sean viables.

La visión transformadora es diferente. No consiste en reproducir la rutina. No consiste en gestionar los cambios con palabras vacías. No consiste en dar respuestas prefabricadas a las preguntas del mañana. Es un proceso comunitario de creación.

Su objetivo es reunir toda la sabiduría presente en la comunidad y tejer un hilo lo suficientemente fuerte como para despertar su alma. Esa idea sigue brillando para mí.

Recoge la sabiduría. Teje un sueño.

Esta sabiduría no se limita únicamente a los logros, aunque estos sean importantes. No se limita únicamente a la elaboración de documentos, aunque estos sean importantes. No se limita únicamente a los... estudios de política, los estudios demográficos o los análisis estratégicos, aunque estos tengan su lugar.

Esta sabiduría se encuentra en las experiencias de vida de las personas o de los miembros. En las preguntas que se plantean. En las respuestas que no siempre se dan. En la obstinación general o en aquellos que

siguen creyendo que esto es algo más que ofrecer. En este grupo de miembros de los medios de comunicación que se preguntan qué será lo que estos serán rutinas suficientes para vivir. En estos pacientes en misión que hacen regalos que la comunidad se ha vuelto demasiado ciega para reconocer.

La sabiduría se adquiere a través de una conversación sincera. Una conversación pausada. Una conversación con la suficiente sinceridad para llegar a la verdad y con el valor suficiente para no dejarse llevar por la política.

Esto es lo que hace que muchas iniciativas de visión se descarrilen. Se quedan demasiado cerca de la meta. Empiezan con buenas intenciones, pero cuando surgen las preguntas difíciles, el proceso se vuelve cauteloso. La gente dice que no hay tiempo suficiente. O que no hay dinero suficiente. O que hay demasiado conflicto. O que hay demasiadas disputas. O que la comunidad es demasiado mayor. O que los miembros no están comprometidos.

A veces esto es una simple conveniencia. A veces esto es una forma brutal de disuasión. Siempre es un buen momento para dejar de fumar. Pero la transformación real empieza con la conveniencia. Empieza cuando una comunidad dice la verdad sobre el coste de seguir fumando.

El primer paso es el despertar.

Algo tiene que romper la rutina. Una comunidad tiene que darse cuenta de que seguir como siempre no es beneficioso. Tiene consecuencias. El statu quo no se queda quieto. Está llevando a la comunidad a algún sitio. La pregunta es: ¿dónde está ese «algún sitio»?

Pero el dolor por sí solo no basta. El dolor puede despertarnos, pero no puede sostener este viaje. Una comunidad también necesita esperanza. Una esperanza audaz. No un optimismo ciego, sino una esperanza con los pies en la tierra. Una esperanza que ha mirado a la cara a la derrota y aún así afirma: «Esto no ha terminado».

Luego viene el arraigo.

Una comunidad debe recabar sabiduría sobre su propia cultura, su contexto más amplio... y sus desequilibrios. Debe preguntarse: ¿Quiénes somos, todos nosotros? ¿Qué decimos que son nuestros valores y qué es lo que realmente valoran nuestros miembros? ¿Qué está sucediendo en este mundo, en la Iglesia, en el barrio, en el planeta, que nos plantea algo nuevo? ¿Qué desequilibrios siguen latentes bajo la superficie?

Estas preguntas no tienen una respuesta rápida. Tampoco es que la respuesta pueda ser resuelta por sí sola. Se trata de escuchar. Se trata de la contemplación. Es ese tipo de diálogo en el que las personas no están ansiosas por hablar, sino que se dejan llevar por lo que tienen.

Luego viene soñar.

Esto es más difícil de lo que parece. Muchas comunidades saben analizar. Saben criticar. Saben elaborar documentos formales. Saben enviar mensajes. Saben identificar a los electores. Soñar exige otros músculos. Pregunta: ¿Qué amaríamos lo suficiente como para arriesgarnos por ello? ¿Qué nos haría querer levantarnos por la mañana? ¿Qué traería la vida no solo a nosotros, sino a través de nosotros? ¿Qué podría hacer que «alguien sonría»?

Eso puede parecer una pregunta difícil. Y también es peligrosa. Porque, una vez que una comunidad empieza a desmoronarse de verdad, puede que tenga que admitir que algunos compromisos ya no tienen el mismo peso que antes. Puede que tenga que desprenderse de ministros, estructuras, edificios, costumbres o acuerdos tácitos que se han convertido más en una forma de pasividad que de misión.

Dejar ir no es algo malo. A veces es la única forma de que el amor siga avanzando. Pero el desengaño por sí solo puede convertirse en un obstáculo. En algún momento, el desengaño tiene que tomar forma. Hay que ponerlo a prueba. Requiere compromiso. ¿Esto socava la misión? ¿Encaja con la fe? ¿Sigue despertando esperanza y pasión? ¿Es factible con un esfuerzo sin reservas?

Entonces llega el discernimiento.

Se trata más de una visión que de una planificación. Una comunidad no se limita a preguntarse: «¿Qué opción preferimos?». Se pregunta: «¿Qué entendemos por “la llamada de Dios”?». Esa pregunta cambia el panorama.

Pide a los miembros que aborden estas decisiones con honestidad, pero sin tomárselas demasiado en serio. Pide a la comunidad que concilie la voluntad propia, la voluntad ajena y la «voluntad de Dios». Eso no es sencillo. Quien diga lo contrario no ha dedicado mucho tiempo a los debates comunitarios. En ello reside la dulzura. En ello reside la sensatez. En ello reside también la sabiduría.

Cuando el debate es saludable, la comunidad no se limita a elegir un proyecto. Se va moldeando a través de esa elección. El proceso en sí mismo se convierte en inspirador. Los miembros escuchan

distintamente. Esto es distinto. Esto se vuelve más honesto sobre lo que ama y lo que es.

Y, por último, está la toma de conciencia.

Las cosas siguen igual a menos que se actúe al respecto. En algún momento, las comunidades deben hacer algo. No estudiar más. No debatir más. No esperar a que las soluciones sean perfectas, ni demasiado entusiastas, ni demasiado simplistas. Hacer algo. Algo lo suficientemente pequeño como para ser viable y lo suficientemente significativo como para que importe. Experimentar. Evaluar. Ajustar. Volver a intentarlo.

A veces, la sabiduría solo surge de la acción.

Esta es, en parte, la pieza que faltaba. Las comunidades pueden pasar mucho tiempo pensando que esta forma de actuar o pensar les llevará a una nueva forma de actuar o pensar. A veces es necesario actuar de esta manera para llegar a una nueva forma de actuar o de pensar.

Esta rutina no se desarrolla de forma continua. Se presenta en ráfagas. Pequeñas dosis. Una conversación. Una relación. La pregunta de un joven. El suspiro de un vecino. Un ministro que ya no encaja. Un recuerdo que no desaparece. Una nueva posibilidad en estas semillas o en este viejo mapa.

Esta obra consiste en observar. En reunir. En guardar. En arriesgar. Las disyuntivas del pasado. Pero la disyuntiva no es lo mismo que la exposición. Honrar un legado no es embalsamarlo. Es dejarlo resurgir de nuevo en una nueva época, a través de nuevas formas, o de nuevas identidades. Esa es la labor que ahora llevan a cabo muchas comunidades. No abandonar el pasado. No aferrarse a él. Permitir que lo mejor del pasado sea recopilado, reinterpretado y reenviado como un regalo.

Esto no es un trabajo fácil. Requiere compromiso, esfuerzo, imaginación, honestidad y paciencia. Exige a las comunidades que establezcan una relación más íntima con «Dios y entre ellas mismas, más allá de lo que la vida cotidiana suele permitir».

Pero aún queda sabiduría por adquirir.

Aún quedan sueños por tejer.

Y tal vez, incluso ahora, bajo las tablas del suelo de la conciencia, el futuro ya se está gestando.

Para la reflexión

- ¿En qué medida, en nuestra comunidad, en nuestro ministerio o en nuestras propias vidas, se nos invita a pasar de aferrarnos a lo que ha sido a discernir lo que aún está por nacer?
- ¿Qué sabiduría podemos aportar que aún no hayamos adquirido?
- ¿Qué diferencias podrían surgir si nos escucháramos con más atención unos a otros?
- ¿Qué pequeños pasos podrían ayudarnos a avanzar hacia una nueva forma de pensar?

En los próximos meses seguirán más reflexiones.

Ted Dunn, Ph.D.

Compishnsivs Consulting Ssívics_

www.CCSStlouis.com

Véase también *«Gāihei ihe Wisdom, Weave a Díeam»: una guía de visión para líderes y planificadores de comunidades de fe que buscan un cambio profundo y una transformación.*

CCS Publications (2024) y

Gāihei ihe Sabiduría, teje un sueño: la visión transformadora como proceso de refundación.

Desarrollo Humano, verano de 2010.

